

HOMENAJE

POR FÉLIX GRANDE

Llamé por teléfono a uno de mis mejores amigos y le conté que creía no poder evitar suicidarme. Me dí cuenta de que no se consentía creer totalmente en este temor mío y en esta posibilidad —pero tampoco lo-graba desdeñarlos. Sé una cosa de los seres humanos: a veces el terror nos une, a veces nos desune. Él advertía que me quiere y admitía mi sinceridad y entonces comenzaba a creerme— pero enseguida sobrevénia el terror, y decía muchas vaguedades, como si hubiese dejado de ser adulto. Noté que no se alteraba únicamente por el terror a la muerte de un ser querido, sino también por algo más vasto, una especie de herida de perplejidad ante la voluntad de morir. Si le hubieran llamado para decirle que yo había muerto de un ataque, él habría sufrido y llorado y luego habría recuperado el ritmo de sus asuntos cotidianos, como quien espera a alguien a quien ha citado y conforme crece el retraso acumula conjeturas nefastas y deducciones delirantes y hasta llega a pensar si no se habrá citado a otra hora o en otro lugar, pero cuando por fin aquél a quien esperaba aparece en el sitio de la cita sólo que con alguna demora, entonces se olvida de su confusión y empieza a distraerse de nuevo. Mi muerte hubiera sido como un espacio en blanco, algo que habría pasado por su vida dando un rodeo. Pero mi suicidio lo atravesaría. Estamos dispuestos a pensar hasta un cierto límite; pasado ese límite, pensar se vuelve intolerable. Y el terror lo ofuscaba, y con palabras de una esterilidad conmovedora pretendía convencerme de que no era posible, de que yo mentía: **no podía ser**. ¡Pero sí podía ser, por eso lo llamaba, yo no mentía precisamente ahora, bastante había mentido viviendo! Él pretendía que esa manera de cerrar la vida fuera una mentira mayor que la de vivir mintiendo, y absolutamente irreversible (él sabía que lo irreversible siempre me ha producido espanto). Yo le aseguraba que no lo había llamado para atemorizarlo, que no creía que fuese sadismo y que, simplemente, tenía que telefonar: al fin y al cabo, matarse no era algo sencillo, incluso la elección de la forma resultaba sumamente dubitativa. Adujo que todo el mundo miente viviendo, que la vida está llena de mentira y quién sabe si hasta ella misma no fuera una enorme mentira —era indudable que él quería disuadirme con mi propio lenguaje, gentileza por la que se me despertaba hacia él un cariño desesperado y que me producía una ternura inútil. Pobre, mi amigo, sufría más que yo. No. No sufría más que yo. Pero es cierto que hubo de vivir una hora verdaderamente difi-

cil. Las siguientes llamadas fueron más breves, yo iba aprendiendo la lección —no sé bien qué lección, quizá sencillamente me fatigaba. Debí llamar a diez o más personas. A algunas de ellas las desperté al llamar. Otras, como pertenezco a una comunidad de gentes bastantes nocturnas, aún no habían comenzado a dormir. Me dijeron de todo: me suplicaron, me amenazaron o me mandaron al diablo. Alguien lloró. Alguien, también, al creeme, lo hizo más allá de su propia paz, pues corrió la voz de mi situación y, así, en el intervalo entre dos llamadas, alguien me llamó para decirme que acababan de comunicarle mi sospecha y que me llamaba para tratar de calmarme y calmarse. Luego, mi teléfono estuvo en servicio durante horas: unas veces era yo quien llamaba con esta —lo comprendo muy bien— problema tan extraño, y otras veces me llamaban amigos a quienes mis amigos habían informado de todo esto, de esa noche, esa manera de lágrima o disparo o interrogación nauseabunda. Supongo que muchos alarmados que me llamaban debieron de escuchar comunicando a mi teléfono, e insistir de nuevo, hasta, por fin, lograr su comunicación con un alivio lleno de pánico o por lo menos de cautela. Sé muy bien que esa noche hablé con muchos seres amorosos. Incluso los que me agredían eran también personas amorosas: suponían que mostrándose agresivos yo iba a imaginar que su terror era más sincero que el que se expresa en lágrimas o en súplicas (¡pero yo creía en la sinceridad de todos, incluso en la de uno que, cuando le comuniqué mi situación, no dijo absolutamente nada, y tuve que colgar el teléfono tras un silencio muy dilatado y extraño y hermoso!). Finalmente, debo decir que no sólo recibí la llamada de muchas gentes amorosas, y más de una llamada por persona en algunos casos, sino que, además, no faltaron quienes vinieron a mi casa, apresurados, en taxi. Una mujer a la que hace poco tiempo he amado mucho vino con el pijama bajo el grueso abrigo de invierno, pobre, qué hermosa, qué conmovedora fumando con aquella huérfana avidez; pedimos a otros dos visitantes amigos que nos disculpasen y fuimos a la alcoba e hicimos el amor, y enseguida salimos porque venía más gente: oh, los amo a todos. Los adoro de corazón. Quiero que les suceda todo lo bueno de la vida y que la desgracia pase siempre muy lejos de sus casas, los apretaría contra mi pecho y les besaría las mejillas, llorando y riendo; les tomaría la mano y me la llevaría a la boca. Rezaría, rezaría. Yo los miraba sintiéndome su padre y su hijo. Daría lo que fuese porque algún científico demostrase que el suicidio es un virus, algo ajeno a las ideas y a las emociones, una enfermedad, una neurona que no todos padecen, ah cómo agradecería que la ciencia tranquilizase a mis amigos. Al oír la palabra virus algunos se apoderaron de ella y me la mostraron, solícitos, llenos de amor y con la respiración en suspenso. Pero —les dije— eso no es ni siquiera una hipótesis, es solamente un sueño, es solamente un sueño. Y ellos no sabían qué hacer: balbucían, acechaban en los segundos, fustigaban o menospreciaban a su inteligencia, buscaban horrorosamente. Me aconsejaron que escribiese sobre esa noche, sobre ese emocionante y como clandestino tráfico de gentes en la madrugada intentando aminorar una velocidad demasiado veloz. Paraban los taxis a mi puerta en el silencio de la madrugada, sonaba sin cesar mi teléfono cuando no era yo mismo el que marcaba un número, sonaba el timbre de mi puerta, venían y me hablaban. Y me hicieron café. Y me trajeron medicinas. Varios, y no sólo

mujeres, lloraron conmigo. Cuando me veían llorar se calmaban un poco: es fácil creer en el poder reparador del llanto, todos necesitamos creer en algo, por pequeño que sea. ¡Me hicieron café y me trajeron medicinas! Todo esto era conmovedor: me quieren. Se aman mucho a sí mismos, pero también me quieren a mí. Incluso con inteligencia: ya dije que no faltaron quienes me aconsejaron, con tono de súplica, que escribiese sobre esta noche alucinante pero también muy bella. Les prometí hacerlo y luego se hizo de día y pasaron varias semanas y ahora, esta madrugada, he descrito lo que ocurrió. Qué puedo hacer ahora. Llamaría de nuevo a todos mis amigos, a algunas mujeres, a mi gente. Son buenos. Pero creo que no debo hacerlo. Muchos de ellos estarán durmiendo, y otros estarán haciendo alguna cosa, algún trabajo, tal vez con fe. Comprendo que no puedo pasarme la vida telefoneando de madrugada a gentes que no merecen que se les atemorice tanto. Comprendo que no puedo pasarme la vida así.

